

Elin, Tore y las maravillas nórdicas

De zasca en zasca va esta novela. El título no engaña. No es que sea un nuevo juego de palabras, que ya hemos oído a menudo hablar del estado del malestar en el que viven ¿algunas? ¿muchas? ¿ciertas? personas que habitan en los llamados estados de bienestar; lo que ocurre es que Nina Lykke, una escritora noruega a la que no le ha hecho falta ningún asesino en serie para hacerse con 70.000 lectores en su país además de con el Premio Brage, el galardón literario más importante que hay allí, va desmenuzando todos los comportamientos de sus vecinos y vecinas y, la verdad, no salen bien parados.

La narradora de *Estado de malestar* (gatopardo ediciones) es Elin, una médica de familia—no especialista, cosa que para su madre, una mujer que nunca le ha hecho mucho caso, es el equivalente a ser nada—que está mucho más allá de lo que se conoce por horas bajas. Aburrida, cansada, quemada, con las niñas ya en la Universidad y los objetivos (en teoría) vitales (en teoría) cumplidos —ya se sabe:

la familia, la casa, las vacaciones, el ascenso social, todas las comodidades—, se ha aficionado a beberse varias “pece-ras” de vino cada noche para olvidar la terrible rutina y, entre otras cosas, el hecho de que su marido prefiere salir a esquiar o correr que sentarse con ella en el sofá. De hecho, el marido se pega varios viajes en solitario al año para irse a esquiar o a correr en el extranjero. Y un día, por obra y gracia de una red social a la que nunca odiará bastante, retoma contacto con un antiguo novio y la lía petarda.

Total, que acaba durmiendo en la consulta y desde allí resuena su voz. Está paralizada, pero sigue trabajando. Ni come, ni bebe, ni pasea, ni se asea, ni nada —ya no es consumidora, es gran papel que interpretan las personas de bien en las sociedades desarrolladísimas—, pero sigue al pie del cañón. Y el problema es que ya no puede ocul-



tar que no soporta a sus pacientes, que no dicen más que tonterías; y venga zasca a diestra y siniestra. A veces lo expresa en voz alta, la mayoría solo lo piensa; hay veces que no sabe si ha hecho lo uno o lo otro. Cuando le cuentan sus dolores, o sus deseos o sus miedos o sus paranoias, solo ve humanos eternamente insatisfechos, capaces de tomar siempre las peores decisiones, confiados en que algún otro se hará responsable de sus propios errores.

“Mira qué locos están todos, pienso para mis adentros. Deja que se revuelquen en su locura... Todo se desmadeja. Todo se desploma. No solo yo”. Eso se lo dice a Tore, su único interlocutor, mientras va desmenuzando su propia historia desde niña. Estaría bien lo de tener quien la escuche... si no fuera porque Tore es el esqueleto que tiene en la consulta. Ajá. Pero Elin está en ese momento en el que acumula tanta miseria que ya nada im-



Nina Lykke ha escrito el libro del año en Noruega

porta. Es demasiado desprecio, para una sola, por esos conciudadanos que son como ella, los que siempre quieren estar en otro lado, tener otra vida, tener

más, ser más guapos... y que están convencidos de que la vida se lo debe.

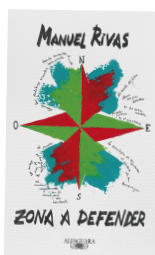
Elena Sierra

Caos o comunidad

“-Y usted por qué es revolucionario?

—Por decoro, querida Marquesa”.

Con este diálogo de *La Corte de los Milagros*, de Valle-Inclán, comienza el último libro del escritor gallego Manuel Rivas. No son cuentos, ni novela, ni poesía; son una selección de artículos y aforismos, algunos de ellos publicados anteriormente en un medio de comunicación pero la mayoría inéditos, con los que el autor de *El lápiz del carpintero*, *Los libros arden mal* y *Todo es silencio*, entre otras muchas obras publicadas a lo largo de ya más de treinta años, hace un llamamiento a repensar la forma en la que vivimos y a luchar por algunas cosas necesarias para una vida mejor. *Zona a defender* (Alfaguara) es una continuación de *Contra todo esto. Un manifesto rebelde* y de nuevo una incursión en la escritura comprometida y revolucionaria. Y todo



por decoro, pues Rivas hace suya esa idea expresada por uno de los personajes creados por Valle-Inclán. Porque lo que llama “capitalismo impaciente”, esa especie de “excitación de aceleración de la codicia”, ha demostrado su “ineficacia” y vivimos

“en esta situación límite” en la que lo que se vislumbra es el caos... o la comunidad.

Zona a defender plantea precisamente eso, zonas por las que hay que luchar. Muchas hacen referencia al medio ambiente; también se habla de igualdad de género, de inclusión, de descolonización, de dignidad laboral, de aprender a vivir con menos cosas materiales porque todo indica que con más no va a ser posible—y no es, haciendo el cómputo global, deseable—. Para realizar ese cambio, lo primero, indica el autor, es pensar que se puede; nada hay peor



El gallego Manuel Rivas alerta sobre la necesidad de la defensa del planeta

que convencerse de que otra manera de vivir no es posible, de que la única senda que se puede andar es la que ya conocemos. “Hay utopías posibles, pero el pensamiento autoritario, el que desarrolla una didáctica de amigo-enemigo y relaciones de dominio y no de ayuda mutua, nos hace creer que no lo son”.

Frente a esa visión de contrarios, de enemigos, Rivas aboga por una “rebeldía efectiva y efectiva” que reconstruya comunidad. Y lo hace partiendo

de “palabras en desuso o palabras vintage como decoro, decencia común que decía Orwell, ayuda mutua, compromiso, vanguardia, que no es solo una corriente artística y por lo tanto algo que hay en un museo”, explica. “Una zona a defender es el lenguaje porque las palabras comprometen, vibran, quieren decir. Y hay muchas palabras que parecían anacrónicas y estaban anestesiadas”.

Con la recuperación de ese lenguaje que el ‘capitalismo impaciente’ ha ido arrinconando,

Rivas cree que la mirada y el horizonte serán distintos. Y será posible “poner fin a la guerra contra la naturaleza, recuperar formas afectivas y no solo efectivas de relacionarnos entre nosotros, poner énfasis en la comunidad, aprender a vivir en el desequilibrio, con un pie en la luz y otro en la sombra, uno en el pasado y otro en el presente, uno en la esperanza y otro en el desasosiego”, que es lo que nos toca.

E. S.